

Los peregrinos y su manera de vestir

¿Cómo Dios quiere que se vista el peregrino?



Para leer y estudiar

1. *El origen del atavío* (Génesis 3.1–21)
2. *Dios aborrece el orgullo* (Isaías 3.16–26)
3. *El atavío en el Nuevo Testamento* (1 Timoteo 2.9–10; 1 Pedro 3.3–5)
4. *Algunos versículos que se refieren indirectamente al atavío* (Romanos 12.1–2; 1 Juan 2.16; 1 Pedro 1.14)

La importancia del atavío

“¿Qué vestiremos?” Jesús dijo que esta pregunta se hacía ya hace casi dos mil años (véase Mateo 6.31). Aún en la actualidad hay muchos que se hacen la misma pregunta. En verdad, desde el Edén el hombre se ha preocupado mucho por su atavío. Quizá demasiado. El hombre invierte mucho tiempo y mucho dinero para vestirse.

Por ejemplo, fíjate en las tiendas de cualquier pueblo. Observa cualquier mercado, mira los catálogos, mira en los roperos de la gente adinerada y aun en los roperos de los cristianos. Allí sólo hay ropa, ropa y más ropa.

Observa más, y te darás cuenta de que la ropa que el mundo ofrece es para agradar a los servidores del “dios de este siglo” (2 Corintios 4.4). Los que diseñan la ropa no trabajan para Dios. No conocen a Dios. Podemos decir que son instrumentos del diablo. Sus modas satisfacen “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2.16). El mundo está loco. Moda que sale de París es moda tragada y vivida por las masas, no importa cuán ridícula sea.

Así es que el atavío de uno habla fuertemente acerca de esa persona que lo lleva. O bien lo identifica con el reino de las tinieblas o con el reino de la luz. Nuestra apariencia exterior declara cuál es nuestro carácter interior. Revela nuestro estado espiritual. ¿Qué es lo que dirige tu atavío, la moda o la Biblia?

Pero no sólo el hombre se preocupa por su atavío. Dios también se preocupa. Vamos a ver qué dice la Biblia en cuanto al atavío.

El origen del atavío

En Génesis 3.1–21 tenemos la historia del origen del atavío.

El pecado y el atavío nacieron en la misma fecha. Después de desobedecer, Adán y Eva inmediatamente reconocieron su desnudez y se avergonzaron. Su inocencia y su pureza habían desaparecido. Su desnudez fue como un reproche. Tenían que hacer algo.

En el trato de Dios con Adán y Eva en cuanto a su vestuario, nota lo siguiente:

1. **El atavío es un resultado del pecado.** Fue dado para cubrir la desnudez del cuerpo humano. Por eso, la necesidad de andar vestidos correctamente debe recordarnos de nuestro pecado ante Dios. ¡Qué extraño que muchos usen su atavío para gloriarse y mostrar su orgullo!
2. **Dios tiene una norma de atavío, pero el hombre tiene otra.** ¡Cuán diferentes son estas normas la una de la otra! Adán y Eva se hicieron delantales de hojas. Dios les hizo túnicas de pieles y los vistió.
3. **Cuando Dios se presenta, el hombre pecador reconoce que su atavío no es suficiente.** Fue por eso que Adán reconoció que estaba desnudo aunque llevaba su delantal.
4. **La única manera de agradar a Dios es aceptar sus normas.** El atavío del primer pecador no le agradó. Y a Dios tampoco le agrada el atavío de los pecadores de hoy.
¿Cuál es la norma de Dios para el atavío? Veamos lo que la Biblia enseña.

La base del Nuevo Testamento para el atavío cristiano

Sí, el Nuevo Testamento habla del atavío. El peregrino busca la voluntad de Dios aun en cuanto a su atavío. Pero, ¿cuál es la base de esta enseñanza en el Nuevo Testamento? La base se encuentra en dos escrituras. Léelas con cuidado.

“Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Timoteo 2.9–10).

“Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos” (1 Pedro 3.3–5).

Las cuatro enseñanzas básicas sobre el atavío

La modestia

La modestia nace de un encuentro con Dios. Cuando el ser humano se encuentra con Dios y experimenta el nuevo nacimiento, siente vergüenza de exhibir su desnudez en público. Este hombre nacido de nuevo experimenta lo que experimentó el endemoniado en la historia en Marcos 5.1–15. Antes de encontrarse con Cristo, este endemoniado andaba desnudo. Después que Jesús le sacó el demonio, él buscó cubrirse apropiadamente.

“Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio (...) sentado, vestido y en su juicio cabal” (Marcos 5.14–15).

Aparentemente mucha gente de hoy en día no está en su juicio cabal (la palabra traducida *modestia* en 1 Timoteo 2.9 significa “juicio sano”). En el mundo actual se ve demasiada desnudez. Pero cuando Cristo entra en el corazón, el hombre vuelve a sentir vergüenza de exhibir su desnudez en público. (Recuerda la definición de pudor.) Su corazón se llena de humildad. Nace un deseo de hacer la voluntad de Dios. Está dispuesto a obedecer a Dios y a cubrir su desnudez. Esto es lo que significa la palabra modestia.

La modestia es más que solamente cubrirse la desnudez. Es una condición del corazón. ¿Cómo luciría una mujer vestida modestamente pero que es vulgar e impetuosa? En 1 Timoteo 2.9 aparece la palabra *pudor*. Esta palabra se refiere a la humildad y modestia interior. Estas cualidades nacen cuando Dios toca el corazón de la mujer cristiana. Tal mujer es pura y casta, no sólo en su vestido sino también en su conducta y aun en sus pensamientos.

Ahora, recuerda un punto importante: la modestia en el corazón *siempre* resulta en una modestia exterior. ¿Cómo luciría una mujer de pudor y modestia en minifalda?

Sabemos que el mundo se viste para hacer resaltar el cuerpo. En casi todas las modas, se ve que el propósito es la sensualidad. Por eso Dios nos dice:

“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó

es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1.14–15).

Modestia no es andar todo andrajoso. La palabra *decoroso* de 1 Timoteo 2.9 también significa ordenado. El peregrino practica el aseo y el orden.

La enseñanza bíblica sobre la modestia se dirige primeramente a las mujeres. Pero no tan sólo a ellas. Nota lo que dice en 1 Pedro 3.7. Después de darle a la mujer las enseñanzas sobre el atavío, dice: “Vosotros, maridos, igualmente...” Como líder, el hombre peregrino tiene que ser un buen ejemplo.

Hablemos de lo práctico. ¿Qué significa la modestia para el hombre?

El hombre peregrino se cubre el cuerpo. No anda sin camisa o tan sólo con la camisa desabotonada. Lleva una camisa práctica, no ajustada, que cubre bien su cuerpo. También lleva pantalón práctico. No usa pantalón corto. No se pone un pantalón ajustado al cuerpo.

La mujer peregrina también quiere cubrir su cuerpo. Porque se ha vestido de la modestia interior, ella no anda con vestidos ajustados que muestran su figura corporal. Usa mangas y faldas lo suficientemente largas. No permite un cuello escotado. Evita telas transparentes. Sabe que el pelo de la mujer atrae la atención de los hombres. Por tanto, lo cubre con un velo de acuerdo con lo que la Biblia enseña en 1 Corintios 11.1–16. La mujer peregrina modesta no quiere ponerles trampas a los hombres. Le agrada vestirse honestamente con pudor y modestia.

Los padres peregrinos visten modestamente a sus hijos. Ellos saben que si se les enseña la modestia desde su niñez les será más fácil practicarla cuando sean adultos.

La sencillez

El diccionario define la palabra *sencillo* así: “Que carece de ostentación y adornos”.

El peregrino ama la sencillez. ¿Por qué? Porque Dios ama la sencillez. Es su norma para el cristiano.

El peregrino practica la sencillez no sólo en su atavío, sino en su vida diaria. Cuando compra muebles, compra algo sencillo. Su casa es sencilla. El templo de los peregrinos es sencillo. Y su apariencia también es sencilla.

La Biblia habla acerca de la sencillez en el cabello. Los peregrinos no pasan largos ratos frente al espejo, arreglándose el cabello. El varón peregrino mantiene su cabello recortado como le manda 1 Corintios 11.14. Se peina en una manera sencilla, ordenada y práctica. Igualmente la mujer peregrina no sigue ninguna moda en el peinado. Ella se peina sencillamente. Ella sabe que a Dios no le agrada que muestre orgullo rizando y arreglando su cabello. Ella lo peina en una manera sencilla y lo cubre con un velo.

El peregrino evita el lujo en su atavío. No usa sombreros lujosos. Él escoge zapatos sencillos. Además, él usa ropa práctica y decente y evita colores llamativos.

La mujer peregrina también evita los vestidos de colores llamativos. Evita el tacón alto en su zapato. Ella sabe que su vestuario sencillo da un testimonio de su humildad cristiana.

La mujer peregrina no debe usar maquillaje en el rostro. Ella debe saber que eso mancha su testimonio. Ella está contenta con la belleza natural que Dios le ha dado. Procura embellecerse en lo interior.

La ausencia de adornos

Dios prohíbe los adornos exteriores (véase 1 Pedro 3.3–4). La Biblia dice que la mujer debe adornarse lo más que pueda... pero en lo interior. Las palabras *afable* y *apacible* describen los adornos que ella procura tener. La mujer peregrina sabe que estos adornos son los que valen ante Dios.

La mujer peregrina no debe usar aretes, cadenas, collares, brazaletes, anillos o cualquier otra joya. ¿Por qué? Ella sabe que esas cosas llamarían la atención a sí misma y no a Cristo a quien ama. Sabe que Dios se lo prohíbe.

La mujer cristiana no adorna su ropa. Evita lazos, diademas, tren-cillas, bandas y encajes. No decora su ropa con lo que no tiene otro propósito más que el de decorar. No sigue ninguna moda mundana o religiosa.

Asimismo el hombre peregrino no usa la corbata, ni relojes lujosos, ni ninguna cosa cuyo único propósito es el de adornar. Él deja todo esto porque anda rumbo al cielo. Procura agradar a Dios y desprecia lo que el mundano estima (véase Lucas 16.15).

El adorno exterior distrae la atención de lo verdadero: el carácter interior. Por eso el peregrino se concentra en desarrollar su carácter. Se viste para ser práctico y para mostrar su temor a Dios, no para lucir.

La buena mayordomía

Un buen mayordomo es uno que cuida bien las cosas de otra persona. Todo lo que el peregrino tiene es de Dios. Su dinero es de Dios. Por eso él tiene que dar cuenta de la manera en que lo gasta. En la Biblia se ve una enseñanza que muestra que el cristiano debe ser un buen mayordomo cuando compra su atavío. Dice: “Ni vestidos costosos”. Si el peregrino gastara el dinero comprando ropa cara sólo porque le gusta, sería un mal mayordomo, ¿verdad?

No es malo comprar ropa de calidad durable. Eso sería una buena mayordomía. Pero el peregrino no compra lo caro porque es bonito, lujoso o fino, o porque fulano lo lleva. El peregrino compra tela buena y práctica. Y mucho menos tiene su ropero atestado de ropa que no usa. Él prefiere regalarla que tenerla guardada. El exceso de ropa es vanidad y una señal de su mala mayordomía. La Biblia dice:

“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Timoteo 6.8).

El que tiene _____ túnicas, dé al que _____; y el que tiene qué comer, haga lo mismo (Lucas 3.11).

La distinción sexual

No hay un texto en el Nuevo Testamento que aborde este tema directamente. Pero hay un versículo en el Antiguo Testamento que nos muestra cómo pensaba Dios en cuanto a la distinción sexual en ese tiempo.

“No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace” (Deuteronomio 22.5).

En el Nuevo Testamento, 1 Corintios 6.9 dice algo muy parecido: los afeminados no heredarán el reino de Dios. Y en 1 Corintios 11.14 dice que es una vergüenza que el hombre tenga su cabello largo, como la mujer.

Sabemos que Dios ha hecho al hombre y a la mujer diferentes. Son diferentes físicamente. Desempeñan un papel muy diferente en el plan de Dios, como puedes ver en 1 Corintios 11.1–16. Por eso mismo Dios los hizo distintos.

El hombre es fuerte y masculino. La mujer es frágil y femenina. El hombre tiene más músculos y lleva su barba como una distinción varonil dada en la misma creación. La mujer es delicada. El plan de Dios es que los sexos sean diferentes. El peregrino lo sabe y lo prefiere así. Él ve la belleza y la armonía en el plan de Dios. Él no trata de cambiarlo.

El mundo sí quiere cambiar el plan de Dios. Algunas mujeres procuran hacer trabajos de los hombres, y algunos hombres procuran hacer trabajos de las mujeres. La mujer se corta el cabello y el hombre se lo deja crecer en el mundo corrompido de hoy. La mujer usa pantalón, actuando en contra del plan de Dios.

A Dios no le agrada que el ser humano borre la distinción entre los sexos. El movimiento unisex que existe en la actualidad está relacionado con muchas confusiones que vienen del mismo Satanás. Allí hay homosexualidad y toda obra perversa. Apesta en las narices de Dios. El peregrino lo sabe. Él acepta la distinción que Dios ha hecho y la pone en práctica, aun en su atavío.

El llamamiento de Dios

¿Qué te parece? ¿Está claro el tema? No cabe duda de que Dios nos ha dado enseñanzas claras acerca del atavío. ¿Qué vas a hacer? Lee estos dos versículos:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12.1–2).

Amigo, hermano, este es un llamamiento personal a ti. Dios te llama. ¿A qué te llama? Te llama a presentar tu cuerpo en “sacrificio vivo” a él.

Entrega tu cuerpo a Dios. Pertenece a él en cuerpo, alma y espíritu. Mantén tu cuerpo puro y santo. Vístelo como Dios quiere.

No permitas que este siglo te dicte cómo vivir o aun cómo vestir. Recibe la transformación de tu mente. Así comprobarás cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta. Si esta ha sido tu experiencia, te será fácil obedecer a Dios. Te será un verdadero gozo practicar la modestia, vivir la sencillez, evitar los adornos externos, ser un buen mayordomo y mantener la distinción sexual. Esto harás porque amas a Dios.

La responsabilidad de la iglesia

Es imperativo que cada miembro de la iglesia de Cristo mantenga convicciones personales en cuanto al atavío. Que sea modesto en el corazón. Que ame lo sencillo. ¿Debemos pensar, pues, que cada cristiano pueda vestirse como a él le parezca?

Todo cristiano debe buscar ayuda para aplicar los principios bíblicos. No es el plan de Dios que él lo haga solo. El peregrino acepta los consejos de la hermandad, la congregación de peregrinos.

¿Quién es la cabeza de la iglesia? Cristo. Cristo, la cabeza, ha mostrado en términos generales cómo debemos vestirnos. Por ejemplo, por medio de su apóstol nos ha dicho que la mujer debe cubrirse modestamente, pero no ha dicho si el falso del vestido debe llegar hasta las rodillas o hasta los tobillos. Él ha dicho que debemos vestirnos sencillamente, pero no nos ha dicho qué tipo de tela es sencilla. ¿Será suficiente que cada cristiano decida? No. Se ha demostrado una y otra vez que eso produce confusión y al final mundanería. ¿Cuál es la solución? Cristo, la cabeza de la iglesia la ha dado.

Cada congregación tiene que decidir cómo aplicar los principios bíblicos. En cuanto al vestuario, los países varían. Las culturas varían. Por ejemplo, la iglesia de Guatemala tendrá que decidir si el vestuario nacional, con sus colores llamativos, es sencillo y aceptable o no. La iglesia en Alaska tendrá que decidir si se va a llevar un velo de piel o de tela. La iglesia en Japón tendrá que decidir si el quimono cubre lo suficiente. Es importante que los miembros de la iglesia colaboren, dirigidos por sus líderes, para llegar a una norma bíblica. La iglesia

en cada cultura tiene esa responsabilidad. Si no lo hace, entonces es muy difícil que cada miembro, especialmente los inmaduros, aplique bien los principios bíblicos en cuanto al vestuario.

La autoridad de la iglesia

El peregrino sabe que la iglesia tiene autoridad. Al referirse al hermano que peca, que no obedece la norma bíblica, la Biblia dice:

“Y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mateo 18.17–18).

Los pastores tienen una responsabilidad especial en la obra de la iglesia. Por eso la Biblia se dirige también a los demás miembros de la iglesia:

“Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13.17).

Estos versículos *no* le dan a la iglesia el derecho de pedir lo que quiera de sus miembros. Pero tiene la responsabilidad de legislar y exigir normas de práctica basadas en la Biblia. Debe velar por que se apliquen las enseñanzas de la Biblia. Así opera el cuerpo de Cristo. Es el plan de Dios. Escucha lo que dice cierto líder entre los anabaptistas, George R. Brunk:

La Biblia dice: Obedeced a Dios, obedeced a las escrituras, obedeced a la iglesia, obedeced a los pastores, obedeced a los padres y obedeced a los magistrados. Algunos dicen que “obedeced a Dios” y “obedeced a los pastores” solamente se aplica para aquellas cosas que están claramente escritas en la Biblia. Pero razonemos lógicamente. Entonces los niños no necesitan obedecer a sus padres si lo que requieren no está escrito claramente en la Biblia. O los cristianos no necesitan obedecer a las leyes civiles si lo que requieren no está escrito claramente en la Biblia. Como el gobierno tiene autoridad dada por Dios de hacer leyes que no están claramente escritas en la Biblia, para el bienestar del pueblo, y como los padres tienen autoridad dada por Dios para hacer reglas que no están claramente escritas en la Biblia, para el bienestar del hogar, asimismo la iglesia tiene autoridad dada por Dios para poner normas que no están claramente escritas en la Biblia, para el bienestar de la iglesia. En ninguno de estos casos un individuo debe

desafiar ese derecho. Cuando se acepta ese derecho voluntariamente, resulta una estabilidad para el estado, para el hogar y para la iglesia.

Veamos el ejemplo del líder metodista John Wesley. En el principio de su ministerio, John Wesley pensó que no le correspondía a la iglesia aplicar las enseñanzas de la Biblia en cuanto al vestuario. Pero, ¿qué pasó? Su iglesia apostató y se hizo muy mundana y liberal. Hacia el final de su vida, al darse cuenta de su error, escribió así:

Estoy afligido. No sé qué hacer. Sé qué hubiera podido hacer al principio (...) en cuanto al vestuario en particular. Si sólo me hubiera parado firme (hubiera sido tanto mejor) como los cuáqueros o los hermanos de Moravia. Hubiera dicho: “Esta es nuestra manera de vestir, la cual sabemos que es bíblica y racional. Si usted se une con nosotros, debe vestirse como nosotros, pero si no quiere, es cosa suya.” Pero, ¡ay! la oportunidad pasó. ¿Qué puedo hacer ahora? No sé.

El testimonio de la iglesia

Muchos dicen que si los peregrinos se visten como dice el Nuevo Testamento nadie se juntará a ellos. Ellos dicen que semejante manera de vestir destruiría el testimonio de la iglesia. Pero están equivocados.

El peregrino sabe que el que está cansado del pecado y de lo que el mundo ofrece busca algo diferente y nuevo. Él no busca a la persona que muestra la misma esclavitud y mundanería en su manera de vestir.

William McGrath no se crió en un ambiente bíblico. Se convirtió mientras servía en el ejército de su país. Sinceramente empezó a buscar a Dios. Llegó a conocer una iglesia bíblica, una iglesia que practica la modestia en su manera de vestir. Se unió a ella. Ahora es pastor, maestro y autor de muchos libros buenos. Escucha su testimonio:

Si el vestuario sencillo es un estorbo a la evangelización, lo es nada más en la mente del que no quiere practicarlo. El estorbo no está en el vestuario sencillo. Muchas generaciones de cristianos activos y poderosos han ganado almas llevando un vestuario honesto y sencillo. La ropa sencilla es un testimonio inmediato de que el que lo lleva no tiene miedo de ser distinto de la corriente de este mundo. Se ve de una vez que el mismo practica la Biblia. Muestra que él no tiene vergüenza de darse a conocer como seguidor de Cristo y no de las modas. (...)

El que se viste honestamente da a conocer con su mismo vestuario que él es miembro del sacerdocio de creyentes. Muestra que él está disponible para ser una ayuda espiritual. Aunque no hable, su ropa

Lección 9

sencilla recordará al inconverso que hay un mejor camino. Su apariencia demuestra santidad. (...)

Este ha sido mi testimonio: Si el obrero cristiano se viste sencillamente, sin pena, tiene más oportunidades para hablarles a las personas de su necesidad. Los que siguen vistiéndose según las modas, pierden muchas oportunidades para testificar.

Voces de la historia de la iglesia

A continuación vamos a citar algunos comentarios de las diferentes épocas después de Cristo en cuanto al vestuario: algunos de la iglesia primitiva, otros de la época de la reforma y otros de épocas posteriores. El primero que citaremos fue escrito aproximadamente en el año 200 después de Cristo; el último, en el año 1936. Esta primera cita viene de una obra muy antigua que resume las normas orales dadas por los apóstoles.

Normas de los apóstoles (escrito alrededor del año 200 después de Cristo)

No adornes la belleza natural que Dios te ha dado, sino sólo con la humildad (...) mantén la sencillez. No arregles tu cabello, sino córtalo. No lo peines para adornarlo, ni lo unjas, para que no te busquen aquellas mujeres, entregadas a la sensualidad, que atrapan con la concupiscencia. No te pongas vestidos finos, ni te calces según las modas perversas. No te adornes con anillos de oro porque todas estas cosas son artimañas de las rameritas y nada natural. Estas cosas no son para ti, hombre fiel de Dios. (...) Si las hicieras, tu alma entregas a la muerte, y serás rechazado por Dios. Tú quieres agradar a Dios; no hagas, pues, las cosas que Dios aborrece.

Clemente de Alejandría (vivió desde el año 150 hasta el 215)

Ropa transparente cubre el cuerpo como con nada y demuestra una mente débil. El vestido lujoso y fino no cubre la figura del cuerpo y ya no es un vestido. Tal vestido, colgando sobre el cuerpo, apegado como si fuera del cuerpo, recibe su forma y destaca la figura de la mujer. Los que la miran, aunque no ven su cuerpo, ven toda su figura. (...)

Al hacer nuestro vestido, debemos evitar todas esas cosas extrañas para que en su uso no caigamos en despilfarro o extravagancia. No es conveniente que el vestido llegue arriba de la rodilla, como dicen ser el

caso con las vírgenes de Lacedaemonia. No es lícito que cualquier parte de la mujer quede descubierta.

Cipriano (vivió desde el año 195 hasta el 258)

Después de citar 1 Timoteo 2.9–10 y 1 Pedro 3.3–5, dirige su enseñanza tanto a las casadas como a las vírgenes:

Los adornos, los vestidos lujosos, las atracciones de la belleza no caben sino en las prostitutas y las mujeres inmodestas. El vestido más precioso es el vestido modesto y sencillo. (...)

Escucha al que fielmente te aconseja para tu propio provecho. Sea tal y como Dios el Creador te hizo. Que sea pura tu apariencia, tu cuello sin adornos y tu forma sencilla. No te pongas aretes, ni andes con brazaletes en tus brazos, ni collares en tu cuello. No uses calzado lujoso, no tiñas tus cabellos, que sean dignos tus ojos de mirar a Dios. Tenga victoria sobre el vestido, ya que eres virgen [espiritual]. Vence el oro; has vencido la carne y el mundo.

Estatutos Apostólicos (escrito aproximadamente en el año 300 después de Cristo)

Ofrecemos aquí, en forma breve, primero lo que estaba dirigido a los hermanos peregrinos y después lo que se escribió para las hermanas:

La belleza que Dios y la naturaleza te han dado, no la embellezcas más. No dejes que crezca largo tu cabello, sino córtalo. No es lícito que tú, como creyente, arregles tu cabello. No te pongas ropas finas para seducir a las mujeres. (...) Vístete con lo que es decente y útil. No te pongas anillos de oro, porque todos estos adornos son señal de lascivia. Pórtate decentemente como un hombre de Dios. (...)

Si deseas contar con los fieles y agradar a Dios, oh esposa, no añadas a tu belleza adornos para agradar a los hombres. No uses bordados, ni vestidos ni zapatos para atraer a aquellos que son atraídos por tales vanidades. Aunque no lo hicieras con ese fin, sino sólo con el fin de embellecerte, no escaparás sin castigo. Habrás causado que otros cometan el pecado de la concupiscencia. (...) Usa el velo en la calle. Cubre tu cabeza para que no te miren los hombres vanos. No te pintes el rostro; es la confección de Dios. En todo él te hizo como él quiso. Adornarte lascivamente es una afrenta a la obra de tu Creador.

Normas de la conferencia de los anabaptistas en Estrasburgo, en el año 1568

Que las costureras hagan el vestuario sencillo y honesto. Que no se confeccione nada por orgullo. Que los hermanos y las hermanas se conformen con las presentes normas.

Johannes Kessler (1502–1574), cronista suizo, al referirse a los anabaptistas, escribió:

Su andar y comportamiento diarios parecen ser piadosos, santos e irreprochables. Evitan la ropa costosa y la comida y bebida costosa. Se visten con telas crudas y usan sombreros anchos de fieltro. Toda su manera de vivir es completamente humilde. No llevan armas, ni espada ni puñal. (...) Dicen que las armas son vestuario de lobos y no de ovejas. No juran, ni aun juramentos gubernamentales o civiles.

Menno Simons (1496–1561), líder anabaptista

Escribió de los religiosos de su día:

Ellos dicen que creen en Cristo, pero no hay fin ni límite de su maldito desenfreno. Practican una pompa necia, de ostentación de seda, de terciopelo, de ropa costosa, anillos de oro, cadenas, cintos de plata, botones, enaguas adornadas, pañuelos, collares, velos, delantales, zapatos de terciopelo, babuchas y tales vanidades insensatas. Nunca han notado que Pedro y Pablo han expresado claramente que tales cosas no son permitidas para los cristianos. Si tales cosas se han prohibido para las mujeres, cuánto más los hombres deben abstenerse. Ellos son la cabeza y los líderes de sus mujeres. Sin embargo, quieren llamarse la iglesia cristiana.

En el reino del Señor no caben la pompa de oro, la plata, las perlas, la seda ni el terciopelo. Todo eso lo usan los orgullosos y el mundo abominable. (...) En el reino de Cristo, el reino de humildad, no hay lugar para la ornamentación. Sólo se buscan los adornos internos del espíritu. Esos son deseados con gran celo y diligencia y con corazón quebrantado y contrito.

John Wesley (1703–1791), fundador de la iglesia metodista

La práctica de llevar ropas finas engendra vanidad. Al decir vanidad, hablo de ese deseo de ser admirado y alabado. Todos ustedes que quieren vestirse con lujos testifican que ese deseo existe en sus corazones. Aunque no lo confiesen ante los hombres, ante Dios lo saben. Saben en sus corazones que se adornan para ser admirados, y si sólo Dios y sus santos ángeles miraran, entonces no se preocuparían

tanto en arreglarse. Ahora, pues, cuanto más se dan a este deseo, más se envician. Tienen bastante vanidad por naturaleza. Por darle rienda suelta, la aumentan cien veces más. ¡Dejen esa vanidad! Busquen agradar a Dios solamente y todo este adornamiento cesará.

Adornarse en lo externo se opone directamente a adornarse con buenas obras. Queda muy evidente que cuanto más gastamos en el vestido, menos tenemos con qué vestir al desnudo, alimentar al hambriento, albergar al forastero o aliviar a aquellos enfermos o los que están en las prisiones. No tendremos con que aliviar las aflicciones de los millares que sufren en este valle de lágrimas.

Todos ustedes que me respetan, les conjuro, muéstrenme antes de mi partida que no he trabajado en vano estos 50 años. Permítanme ver, antes de morir, una congregación metodista vestida tan sencillamente como las congregaciones cuáqueras. (...) Que su vestido sea barato al igual que sencillo porque si no, solamente juegan con Dios, conmigo y con sus propias almas. Les ruego, que no se hallen entre ustedes telas caras como la seda, aunque fueran negras. Que todo lo que vistan, desde la cabeza hasta los pies, muestre la piedad. Muestren con su vestido que quieren agradar a Dios nada más.

Adoniram Judson (1788–1850), misionero bautista

Durante este año en que han llevado esos ornamentos inútiles, muchas almas han muerto sin haber oído del verdadero y único Salvador.

Biblias y muchos folletos importantes se hubieran podido regalar a los paganos en tierras lejanas. Ah, pero no. Prefieren gastar su dinero en adornos para que los demás no digan que no están al día con sus modas y vanidades.

Charles G. Finney (1792–1875), evangelista norteamericano

¿Qué es lo que anuncian esos lazos llamativos y esos adornos en el vestido a todos aquellos que te ven? Anuncian que quieres embellecerte. ¡Cuidado! Es como si te pusieras un rótulo que diga: “No contiene verdad mi religión”. Tu vestido clama: “Dame la ostentación, dame la moda, dame los halagos, y estoy feliz”. El mundo entiende ese testimonio mientras andas en la calle; porque “cartas sois vosotros (...) conocidas y leídas por todos los hombres” (2 Corintios 3.2).

Con conformarse al mundo muestras aceptación del espíritu de este mundo. (...) ¿Qué es lo que produce esta pompa, este lujo, este despliegue? El amor al aplauso. (...)

Algunos dirán: “No importa cómo nos vestimos, si nuestro corazón está recto”. ¡Corazón recto! Entonces tu corazón puede estar recto si tu

Lección 9

conducta está incorrecta. Entonces el profano puede decir igualmente: “No importa qué palabras uso si mi corazón está recto”. No. Tu corazón no está recto si tu conducta no está recta. ¿Qué es la conducta sino el fruto del corazón? Si tu corazón estuviere recto, no quisieras seguir las modas del mundo.

George R. Brunk (1871–1938), líder y escritor anabaptista

Mucha gente se confunde por la cuestión del vestuario. (...)

Los evangelistas populares denuncian las modas en maneras chistosas. A los oyentes les encanta oírlo, pero no hace nada para solucionar su problema. Y ¿cómo pudiera? Los mismos evangelistas son ejemplos de las modas. Bautizan a los escandalosos y a los ostentosos y les dan la santa cena.

Muchos pastores se limitan a denunciar enfáticamente las modas con expresiones vivas. Ellos creen que eso es suficiente. Piensan que noblemente han cumplido con su deber. Pero lo único que han hecho es destapar aquella herida podrida sin aplicarle remedio alguno.

La iglesia bíblica reconoce ese cáncer antiguo del corazón humano. Ella prescribe un remedio: un corazón regenerado y una reglamentación en cuanto al vestuario. Solamente dar voces contra las modas de maldad no cumple con nuestros votos pastorales. Debemos enseñar e imponer normas en la iglesia.

John L. Stauffer, líder y educador anabaptista

¿Crees tú que la iglesia tiene el derecho de reglamentar la vida del cristiano según el evangelio? ¿Crees que los líderes tienen autoridad de imponer normas sobre sus miembros? Estos versículos siguientes te van a mostrar ese derecho. Léelos con cuidado. Mateo 18.17–18; Romanos 16.17; 1 Corintios 5.1–13; Romanos 12.2; 2 Tesalonicenses 3.6, 14–15; 1 Timoteo 5.20; Tito 2.15; Hebreos 13.7; Apocalipsis 3.6; Apocalipsis 2.5; Romanos 6.16–17; Santiago 4.4–7. Creemos que aquel que estudia la Biblia sin prejuicios se dará cuenta que la Biblia presenta normas para la vida cristiana. Los miembros del cuerpo de Cristo son responsables de practicarlas y ayudar a mantenerlas entre la hermandad. Si no las practican o apoyan, podrán perder su calidad de miembro. (...)

En nuestro día nadie quiere someterse a una reglamentación. El ambiente está en contra de cualquier cosa parecida a leyes, ordenanzas, mandatos o estatutos. El espíritu del mundo hoy es: “Yo hago lo que me da la gana”. No es raro, entonces, que este espíritu aun existe en algunas iglesias.

Muchos mentados cristianos ya han repudiado las normas de la escritura en sus vidas. Ellos niegan a la iglesia cristiana el derecho y la

autoridad de disciplinar al que viola la palabra. Muchos grupos enseñan que la conciencia es la única guía para la vida del individuo. Si la conciencia no le molesta, el individuo puede continuar en el curso que lleva. Pero, ¿será que Dios ha dejado a la conciencia de cada uno los asuntos de sumisión y obediencia? Definitivamente que no. Creemos que las normas de la iglesia, si van basadas directamente en la Biblia, son entonces normas que Dios reconoce.

Estas voces de la historia no tienen autoridad divina. No son de la Biblia; por tanto, no son inspiradas. Pero sí sirven de ejemplo e inspiración. De ellas podemos aprender acerca de los éxitos y de los fracasos de otras generaciones.